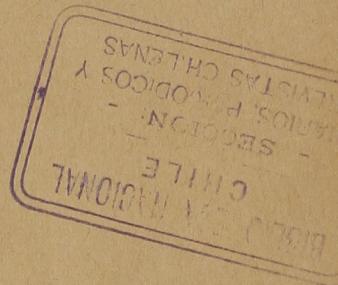


MASTIL



E
S
C
R
I
B
E
N

Luis Durand.—Ricardo M. Setaro.—Waldo Frank.—Neftalí Agrella.—Esteban Roble.—Raúl Cuevas.—Eduardo Phillips.—Roberto Meza Fuentes.—Jorge Guzmán D.—Angel Cruchaga S. M.—Dr. Moisés Mussa B.—Ludovico Esparza.—Wilhelm Ulriken.—
— Ricardo Tudela.—Rafael B. Esteban.—Diego Muñoz. —

N.
3

1
9
3
0

MERCERÍA FRANCESA

LA MAS SURTIDA DE CHILE

Vende solamente artículos de primera calidad

Ducher, Bonnefoy & Cía. Ltda.

Ahumada 118

Casilla 1856

Casa «Los Sports»

SAN ANTONIO 388 A

FRANCISCO BARBIER WILLIAMS

Artículos para Foot-Ball, Box, Tennis, Atletismo, Natación, Basket-Ball, Alpinismo y Excursionismo.



ESPECIALIDAD EN INSIGNIAS IMPORTADAS DE METAL, PARA CLUBS

Lea Ud.

Revista “Letras”

Publicación mensual de Literatura y Arte

M A S T I L

Revista del Centro de Estudiantes de Derecho de la U. de Ch.

AUGUSTO SANTELICES — FERNANDO CELIS — EDUARDO PHILLIPS

Año II.

Agosto 1930

N.º 3

La Federación Universitaria de Estudiantes de Chile

Como resultado de un anhelo unánimemente sentido por todos los estudiantes universitarios, quedó constituida en la Gran Asamblea del Lunes 4 de Agosto la Federación Universitaria de Estudiantes Chilenos. Este organismo aparece en el momento más preciso para afirmar una esperanza de unión del gremio universitario, defender sus intereses y plantear los problemas que le conciernen, porque tan sólo como una fuerza organizada podrán los estudiantes evitar que reformas de estudios, redacción de Estatutos Universitarios y otros aspectos que incumben exclusivamente a ellos, sean solucionados sin la colaboración de los alumnos de la Universidad. La Universidad es una entidad de cultura nacional formada esencialmente por alumnos y profesores, y no es posible que sea administrada burocráticamente con desconocimiento, y a veces en oposición, con uno de sus factores más fundamentales. Los estudiantes unidos en una Federación son la única garantía para sus personales fueros, la única esperanza para que las banderas que representan los ideales permanentes de la juventud estudiosa en lo que se refiere a la reforma integral de la Universidad, sean llevados a la realidad por el esfuerzo común de profesores y alumnos. La Federación de Estudiantes, creada en este momento preñado de gestaciones inauditas, es por sobre todas sus realidades una finalidad en acción. Ella ha agrupado la actitud individual de cada cual y ha hecho de individuos dispersos un solo individuo, dispuesto a afirmar como siempre que la Universidad es un organismo vivo, con un proceso latente que desarrollar, con un imperativo social que realizar, con una fuerza espiritual vigorosa que encauzar y con una responsabilidad clara dentro del desarrollo orgánico de la nación.

Nuestro país, enfermo de raquitismo invertebral, necesita ahora más que nunca, la colaboración activa de todas las fuerzas sociales, la agrupación en una línea de defensa nacional de todos los elementos jóvenes y vigorosos, porque tan sólo del concurso espontáneo de

las fuerzas nacionales, podrá surgir el estado de «gobierno» que es el orden armónico y el equilibrio ordenado de las fuerzas vitales de un país. Los estudiantes, organizándose en este momento, en que desde todas partes se ve una aurora imprecisa que amanece, cumplen lealmente con el llamado de la Patria. Ellos, con las caras de frente, han pronunciado su ácida palabra de crítica, con el único propósito que aún se remedie lo que se puede remediar. En el momento que vivimos, todos tenemos la responsabilidad y dentro del transitorio presente, los estudiantes representamos los valores esenciales que constituyen el futuro, que es nuestro.

Como primera etapa de acción, la Federación de Estudiantes organizará sus fuerzas para conseguir la Reforma Universitaria, porque sólo dentro de una Universidad libre y autóctona, donde la personalidad humana sea respetada y no sacrificada a reglamentos y minucias administrativas; donde la libre concurrencia de la ciencia estimule el progreso de la cultura, podrá crearse el HOMBRE en la plenitud de sus fuerzas y en la plenitud de su dignidad moral. En Chile el HOMBRE no existe: existe el esclavo, el hombre con mentalidad de esclavo; y contra ese hombre, producto dilecto de nuestra Universidad, que reside en todos, quiere la Federación reaccionar para formar un hombre libre dentro de un régimen de libertad Universitaria; trabajar ahora por la reforma de la Universidad es trabajar por la grandeza de la Patria, porque el propio mandatario que nos rige ha dicho en alguna oportunidad, que lo que ha fracasado en Chile no son los políticos, ni los técnicos, ni los hombres, es la Universidad, que no ha sabido hacer ni políticos, ni técnicos, ni hombres.

En cada uno de nosotros, estudiantes, está la vida de nuestra institución. La Federación de Estudiantes reside en el corazón de cada cual, y mientras su espíritu libre de esperanzas y se angustie de decepciones, nuestra Federación señalará una ruta luminosa de acción. La adversidad ennoblecen a los pueblos, y la historia en sus hechos esenciales, no es más que un lapso de adversidad en que el heroísmo ha levantado la bandera del progreso. Estudiantes, no olvidéis, todos nosotros somos uno, y, así como en el cuerpo humano en la unidad de todas sus células está la vida, así también en la unidad de todos nosotros está nuestra vida. Y la vida, donde quiera que esté, es siempre triunfo.

Estudiantes: ¡UNIOS! Esa es nuestra divisa de acción por ahora.

FERNANDO CELIS ZEGARRA

DON JUAN ANTONIO

Cuando ya el material de este número de MÁSTIL estaba totalmente compuesto, han ocurrido las más graves incidencias de la ya heroica campaña universitaria, y, entre ellas, la renuncia de nuestro Decano y Director, don Juan Antonio Iribarren.

MÁSTIL, sean cuales fueren las circunstancias que la determinaron, lamenta vehementemente y ampliamente esta renuncia, como así mismo esas aludidas circunstancias, y cree que este su sentir—¡pocas veces sucede!—es el de toda la muchachada no sólo de Leyes, sino Universitaria.

Don Juan Antonio, sin frases ni discursos, Ud. ha sido el último amigo de nuestra juventud, el último que ha sabido remozar su corazón, acaso de otra época, con el impulso y el latido de nuestra actual adolescencia; Ud., el que ha logrado el más claro prodigo del amor y la filosofía: renovarse.

Pero si esto, a lo menos, es lo que suscita su recuerdo en el corazón de los muchachos, en MÁSTIL, queda además, una invaluable supervivencia; las ediciones MÁSTIL se deben en tal grado al patrocinio de don Juan Antonio, que su ausencia implica, quizás, su misma vida.

Don Juan Antonio, a qué más palabras. No hacen falta. Mientras Ud. se aleja, MÁSTIL lo saluda con las banderas muy en alto, pero en seguida, caerán a media asta, porque esa ausencia le significa duelo.

Don Juan Antonio; ¡Farewell! El tiempo y el espacio no nos permiten un adiós más largo. Pero antes recordemos con un poco de risa melancólica, aquella frase de otro tiempo, de una olvidada despedida:

«Adiós, adiós, Juan Antonio,
de la melena de armiño,
amigo de los amigos
y amigo»

S.

Nota.—Es debido a las razones que se indican al comienzo y a que este material ha debido ser visado por la Intendencia de Santiago, que MÁSTIL N.º 3 aparece en la forma y en la fecha presente.

CANTICO DE SIEMPRE



I

Déjame que sufra,
con este puño del vivir hecho martillo
en el clavo de mi pena.

Ya se aturdirá mi padecimiento
como los andenes de las estaciones.
Para ser forastero del destino
en las vías saludadoras como pañuelos:
un pedazo de horizonte en la maleta
y algunos libros en la lejanía.

Déjame que sufra
mientras se amasan las distancias.
En el claroscuro del recogimiento
encenderán su bosque de colores.

No quiero que digas lo que espero,
cabizbajo sentir. Avanza siempre.
A través del cristal de tus palabras
voy gozando países de ternura.

Operario de la luz, vuelve a la tierra.
El dolor confedera amaneceres
recién llegados. Puebla tus ocasos,
operario de la luz. Sé lo que eres!

Escucha, por si oyeras que respondes.

Un motín de encrucijadas
aguarda la arenga roja
de tu padecimiento hecho palabras.

II

El dolor custodia los destinos
como los semáforos las vías férreas.

Es inútil llegar. El viaje sigue
aquerenciendo leguas de imposible.
Muéstrate alerta como los vigías;
y adueñate del canto, hombre triste.

Para bien de tus años va mi verso
despertando la araña de tu instinto.
Teje puentes de luz, vieja palabra.
Abrázate a los vientos, alma libre!

Ya verás, ya verás cómo tu vida
retorna en el tren de madrugada,
que acerca a nuestro sueño los paisajes.

No me cubras de polvo, sabio triste.
Regocija tus brumas, lejanía.
¡Abre tu corazón en carreteras
y enciéndelo de azul, como las cimas!

Mendoza, 1930.

R I C A R D O

T U D E L A

El inquilino de la soledad

Poemas en prosa, por RICARDO TUDELA

(De la revista «Síntesis», de Julio de 1930).

Este libro de Ricardo Tudela tiene para nosotros la sonoridad de un clarín que anuncia nuevos tiempos para la Patria. Ya desde las primeras páginas advertimos que habría de terminar en algo fuerte, marcial; y así ha sido. Toda la grande, la magnífica potencia de voz del poeta, no podía quedarse en el relato de dulces emociones, en cantos de amor, en las solas inquietudes de su yo torturado a veces. De todo ello hay en su bello libro: mucho vagar dentro de la propia caverna espiritual, mucha detención de orden puramente individual ante motivos menores. Y todo ello escrito en una prosa fuerte, dura y pulida como una piedra negra, lisa; pero hacia el fin del libro es cuando Tudela adquiere la plena conciencia de la fatalidad de su canto. Ha de ser musculoso, como su gesto, como si tuviera que arrojar por los aires una montaña y muy alto para que toda la tierra se estremezca con la vibración de su sonoridad; claro y sencillo para que lo entiendan los hombres de los campos y las ciudades nuestras, y pueda mover a grandes hechos heroicos. Esta es, sin duda, la intención de sus palabras finales; por eso ellas me parecen la iniciación de algo más grande de lo que ha sido hasta ahora. Ricardo Tudela nos debe el canto de magníficas hazañas ya pasadas, y la palabra valiente, dura, grandiosa, que aliente a realizarlas, en el futuro.

Belleza hay en casi todas las páginas de *El inquilino de la soledad*, belleza pura, muy acendrada en el íntimo fuego. Pero, ¿acaso basta ser bello? Cuando el poeta ha logrado aureolarse de belleza, es menester también, que tenga la mano diestra y fuerte para conducir su multitud y encarnar su canto, el canto formidable de su visión en un grandioso gesto humano. Este no es, todavía, un libro fuerte; pero nos anuncia otro de vuelo más remontado que señale en el cielo un camino a su pueblo, como una estrella en las noches de la marcha hacia Belén.

En «Ecce Homo», «Parábola del hombre de tierra adentro», «Palabras de la obra nueva» y «La canción del hombre que llega», yo veo todo el porvenir, un porvenir argentino que escala los Andes para estar más eminente sobre el mundo. ¡Oh, si la voz corresponde al hombre! Entonces, algún día hemos de oirla clamar de nuevo acaudillando a la juventud de esa brava provincia andina que tiene un papel tan brillante que desempeñar en nuestro futuro.

Bueno, muy bueno es este adusto libro nietszscheano: pero el que se inicia en el último capítulo es el que esperamos: capaz de crear un estado colectivo de conciencia con la pasión de una patria grande y fuerte. Y todo lo demás es literatura.—Rafael B. Esteban.

L a n o c h e c a m p e s i n a

Bajo el corredor anegado de sombras, me espera el «Tafetán». Nervioso, con una inquietud casi humana, se revuelve de rato en rato, manoteando con fuerza sobre los ladrillos del piso que rompen sus cascos herrados. Tasca el freno y luego yergue su hermosa cabeza para mirar a través de la ventana, que extiende su choapino de luz sobre el suelo. Desde adentro yo miro con ternura a mi caballo. Tiene todas las buenas condiciones del animal monturero. Manso y atento al movimiento de las riendas, es al mismo tiempo fogoso y sufrido para soportar las largas excursiones por los caminos de esta tierra.

Con el cigarrillo en los labios y el talero en la mano, me asomo al corredor. El Tafetán con rápido movimiento se vuelve hacia mí y me escudriña, inmóvil, muy abiertos los grandes ojos entre los cuales cae graciosamente su mechón oscuro. Descuelgo las riendas y él, obediente al chasquido de mi lengua baja del corredor y me espera junto a éste para subir.

—Tafetán, Tafetán—le digo cariñosamente palmoteando la fina tabla de su cuello—tienes esta noche unas ansias locas de correr, de correr sin tino, para calmar ese brioso entusiamo que rebulle en tu cuerpo y cosquillea en tus firmes remos. Pero ten paciencia. Vámonos lentamente disfrutando de la infinita dulzura que hay en esta

noche estival. Oigamos un poco la voz de la noche, que entona una canción ensoñadora en el ala de esta brisa de temblorosa suavidad.

Mi caballo. Este bueno y noble amigo, me obedece. Regula su tranco apresurado y parece estar en completo acuerdo con mis deseos. Esto rueda con fuerzas y estirona las riendas para calmarse un poco. De cuando en cuando echa la cabeza hacia atrás, aguza las orejas y trata de dar un bote. Pero yo le calmo con mis palabras, entre cariñosas y burlonas:—Tafetán, ¿desde cuándo te han venido estos temores de potrillo mamón? El, convencido, recobra su gallarda manera de caminar, y pasa airosamente junto al tronco o la piedra motivo de su espanto.

¡Qué bello es caminar arrebatado en este poncho tibio y acarecedor de esta noche de verano. De la tierra sube un aliento denso y perfumado. La brisa juguetona resbala sobre mi rostro y pone una dulce voluptuosidad en mi espíritu.

Vamos ascendiendo los suaves lomajes de Cardo Verde. El pasto miel, suave y espeso silencia ahora los trancos de mi caballo. Hay un aroma fuerte, a poleo, a yerba buena y menta, a pastos olorosos cuyo perfume se ofrece por entero a la noche, como una doncella que ya ha olvidado el dolor de la primera entrega a las caricias del ama-

do. De súbito la obscuridad se desgarra. Sobre el alto cerro de Bureo la luna empina su disco pálido, para derramar su chorro de blancura sobre el campo. Mas arriba de las altas copas de unos robles, el cielo se recorta intensamente azul. La luz ha resbalado por los flancos del cerro; y presenta el paisaje en una difusa claridad de ensoñación.

Entonces mi caballo y yo nos detenemos sobrecogidos por la belleza del panorama hasta ese momento inédito. Algunos ranchos se acurrucan junto al camino, bajo unos árboles. Perros trasnochadores y bravucones disparan sus ladridos a invisibles enemigos. Junto a mí, alienta la noche. Una confusión de ruidos leves, de gritos lejanos, rumores inexpresables. Viñedos, tierras labradas, trigales que se rizan con el viento, alamedas que van hasta el horizonte lejano. Todo tiene su voz honda, su llamado intenso que golpea entre los más escondidos vericuetos de la sensibilidad. Experimento la sensación de que me llaman, también de la casita perdida en la brumosa lejanía que sólo mis pensamientos ven. Esa voz me trae el arrullo de una palabra de amor, la fragancia de la carne joven, tibia y exaltada de anhelos. El temblor dulce y enervador del deseo que arde en un cuerpo de mujer, escondido como una lámpara de misterio.

Y ante ese recuerdo me acomete también un loco deseo de correr,

de devorar este camino, serpiente erizada de estacas y alambrados; hacia allá donde me espera un instante de amor.

«Tafetán», atento y ágil brinca al requerimiento de las espuelas que tocan apenas sus flancos. Nos lanzamos a través del camino en un galope impetuoso, en una carrera que tiene una loca alegría. La brisa nos acaricia ahora con más fuerza tal si quisiera introducirse-nos en los ojos para imprimirnos su ingratidez. Llegamos hasta la hondonada del Relbún, y pronto el rumor característico del río, nos acoge con su hábito fresco. Es el Perquilauquén que se curva en la «Vuelta de Huambalí». Sábana de terciopelo azul, se desliza suavemente, entre sauce y pataguas. «Tafetán» resopla inquieto. Un relincho quedo le estremece los híjares. Seguimos por la orilla arenosa, entre ramas quebradas y troncos muertos carcomidos de humedad. Vamos buscando el vado. Mi caballo lo conoce bien y no se lanzará a los profundos raudales, aún cuando yo lo requiera y lo castigue. Marchamos ahora penosamente, saltando piedras y sorteando hoyos que han socavado los aluviones invernales.

Cuando llegamos al paso, hunde hasta los ojos su hocico en el agua como si quisiera cerciorarse de la profundidad que allí existe. Después sacude su hermosa cabeza y la restrega entre sus remos delanteros. Luego, lentamente, nos internamos río adentro. Cauteloso

deja caer sus cascós que se estrellan entre las piedras resbaladizas; en partes el agua lo cubre hasta los pechos: casi tendidos sobre la silla, vemos como este noble amigo pone el mayor cuidado para no dar un tranco en falso, ni torcerse de la ruta verdadera, exponiéndonos a hundirnos en un bajo peligroso donde se acumulan pedazos de troncos. Pero no hay cuidado, vamos bien, y muy pronto alcanzamos la ribera opuesta. Allí nos detenemos y «Tafetán» se sacude tan enérgicamente que parece se va a desarmar entero.

Hemos llegado al llano de Villa Seca. ¡Qué nombre más estúpidamente contradictorio! En este campo nada hay seco ni desierto. Por el contrario todo es fresco, aromado de espinos en flor. Estos arbolitos rechonchos, deformes, erizados de púas agresivas exhalan una fragancia que hace soñar. ¡Oh, la imponente poesía que tiene este perfume de los espinos en esta noche enlunada y musical! El pasto ovillo se destrenza entre las patas de mi caballo. Hay árboles que hacen evocar la navidad, enjoados de luciérnagas que, errabundas van y vienen lentamente, suspendidas entre las ramas.

De un corral cercano llega en el viento, el tintineo cristalino de una esquila. Algunos bueyes rumian su modorra entre los árboles. Lejos un zorro pone su nota desentonada, su ¡huac-huac! bur-

lón, que repercute como un latigazo en la silente inmovilidad del paisaje. Quisiéramos tendernos de espalda para saborear esta infinita dulcedumbre, dormirnos sintiendo la blanda caricia del viento que se lleva el susurrar de la noche.

Pero ya estamos al final de nuestro camino. Una casita abre frente a nosotros el ángulo de sus corredores, como un abrazo de bienvenida. Pero no vamos derechamente hacia ella. Entre el monte próximo amarro mi caballo, que un poco fatigado se queda inmóvil, como si se disgustara de esta complicidad que le impongo. Mi largo silbido perfora prolongadamente el silencio. Luego siguen otros porfiadamente, disimulados, imitando el grito de un pájaro, hasta que una ventana se abre sigilosamente. Una figura femenina recibe el beso de la luna . . .

Un momento de dulce inquietud, de ansiosa espera, de nervioso anhelar . . . Unos brazos tibios lo calman, anudándose a nuestro cuello . . . Y en el misterio de la noche, la dulce palabra de amor se queda sin pronunciar, pues un ansia golosa nos hace beber apresuradamente la miel de una boca frescá, jugosa como una cereza, que se revienta tibia en la media luz del crepúsculo.

¡Oh, qué bello es cobijarnos entre el pasto sedoso, y bajo el poncho de suavidad de esta noche campesina!

N E F T A L I A G R E L L A

No es un poeta pegado a este barrio. No puede hallarse en él rasgos regionales ni delimitaciones pueblerinas. Es un poeta de aquí y de allá, de todas partes. Desasosegado, cosmopolita. Hace ocho años dió un brinco hasta Nueva York, y pronto volvió atrás traído por su misma inquietud. Ha deambulado harto, y ni el tiempo ni el gusto le han permitido encostrarse en una «fachada» local.

Apareció en el horizonte lírico en el momento inicial de la lucha de las escuelas nuevas, y ha marchado con ellas, sencillamente, sin asombros. No se ha encasillado en ningún «ismo», pero indiscutiblemente pertenece a la vanguardia. El futurismo marinettiano le hizo proferir algunos gritos regocijados; pero evitó el apllanamiento de los grupos cogiendo pronto su vereda original.

Inició en Valparaíso varias revistas: «Elipse» (1922), «Ngüillatún» (1924), «La Revista Nueva» (1925) (Véase nota). En la segunda citada propuso un serio estudio del arte araucano, y la última fué dedicada al Futurismo, uniendo sus intentos de renovación con los del músico vanguardista Pablo Garrido Vargas.

Tiene publicado un libro: «Poemas» (1925). Contiene ese volumen su producción en verso durante cinco años. En él traza Agrella una línea ascensional clarísima y transparente una tendencia a superarse y hacerse cada vez más original. Así, en los primeros poemas del libro es simbolista y romántico; pero más adelante se descubre y pasa por sucesivos dinamismos. Tan pronto es un poeta cósmico que se eleva de la tierra y estremece los cielos con su angustia, como es el hombre impetuoso que estira su sensibilidad hasta el máximo.

Pero siempre es poeta.

En la 2.^a parte del libro aguza más su originalidad y se hace también más movedizo. Otras veces pone en aprieto al linotipista, rechazando toda regla y libertando las palabras.

En Neftalí Agrella hay hervores líricos que lo empujan a grandes zanadas por la vida actual. Ha escrito mucho: poemas, prosas, periodismo, críticas, estudios de diversas literaturas, traducciones de las mismas, proyectos de cine y ballet nuevos, novela y algún poco de teatro. (1)

G.

B.

(1) Habría que agregar: un cartel «mural»: «Antena» (Octubre de 1921) y edición de «La Tentación de los Asesinos», plaquette expresionista del escritor húngaro Zsigmond Remenyik (Viña del Mar, 1922). De época posterior, fundación de la revista «Litoral» (Valparaíso, 1927) y «La Quincena Literaria» (Santiago, Enero de 1928). Y colaboración en «Atenea», «Letras», «Revista de Educación», «Mástil», etc.

H A I = K A I S

A las nubes dice el Humo:
—¡Mi esfuerzo es digno de elogio!
Pero el cielo queda mudo.

Me das un beso.
Y, como vienes de la cocina,
en el beso almuerzo!

En dos brasitas de carbón en ascuas
empieza el gato, para terminar
en una suavidad de bufanda.

En aquel jardín
solitario
hasta el tordo vestía de luto.

¿Quién no iba de decir
que los negros
inventaron la tinta de escribir?

La mosca, como un crítico,

se ha detenido a examinar
lo que yo escribo.

Haciendo demostraciones públicas,
ese calígrafo era
un verdadero cowboy de la rúbrica.

Marineros
sin mar:
¡niños grotescos!

Sin duda, el libro más humano
sería aquel que se empastara
con la piel de algún ciudadano!

Vestida de violetas,
la vendedora de flores
nos pareció menos vieja.

Mira! El jilguerito hace lo mismo
que cuando aprietan
un pomo de pasta dental Kolynos.

N e f t a l í

A g r e l l a

ASTERISCOS

Somos agujas, por nuestras cabezas se enhebra la vida.

¿Dónde está el cameramán?
Las bicicletas tienen alma de muñecas
¿Cómo bostezan las banderas?
Niño, la luna está llena de juguetes.
Rocío, gotita de música.

Ocaso, Tío Sam se ha echado a su bolsillo de agua el
último dollar del Universo,

E D O. P H I L L I P S M U L L E R

L a B e n é f i c a P l a g a

El propietario del «Carton Hotel» debió apoderarse, sin asentimiento edilicio, de la animación de las principales calles de Sidney para poder distribuirla en el amplio hall donde charlaban los cazadores. De lo contrario los cazadores habrían estado mustios, y ello no era tolerable. Los treinta y dos mejores cazadores de kanguros del mundo no podían estar mustios. Ni siquiera porque eran treinta y uno, pues el diminuto Carl Hank aún seguía no partiendo de Zanzíbar.

Zanzíbar padecería en breve la ausencia de Carl Hank, último de los detentores de los récords de caza de kanguros. Su campaña en los Estados Unidos, de tan reciente dificultad de olvidar, acreditábalo como el más posible ganador del premio de 12,000 libras esterlinas.

Si en algún momento las calles de Sidney recuperaron su habitual animación, substraída por el gerente del «Carton Hotel» debía-
se ello a que los treinta y uno y futuros treinta y dos más famosos cazadores de kanguros del mundo, estaban acordándose de la última hazaña de Carl Hank.

Fué en Toronto (Canadá), dos meses antes. Las calles cercanas a la King's George Avenue se estaban ensanchando hacia otras más lejanas, donde también se agolpaban los curiosos. De no preverlo los mapas municipales, alguna gen-

te habría visto precisada a estar en la ciudad desde el campo para asistir a la largada del Primer Campeonato Abierto de Caza de Kanguros.

Nadie sospechaba—ni siquiera los que no habían reparado en ello—el triunfo de la técnica novísima de Carl Hank, consistente en apretar a los kanguros por la cola, con una fuerte presión de manos, hasta extenuarlos. Técnica ésta equivalente a todo un desafío al viejo sistema del lazo y de la trampa de hierro dentado.

Hasta algunas personas que lo estaban haciendo desde un principio, se rieron cuando el diminuto Carl Hank salió a la pista improvisada en la Plaza Trafalgar y fué arrastrado centenares de metros por el kanguro. La multitud le siguió. Luego era tan sólo la mirada de la multitud y al final ésta también se quedó atrás. Carl Hank seguía tomado de la cola del kanguro.

Las agencias noticiosas dieron cuenta de su paso por la frontera de los Estados Unidos. Michigan, Detroit, Ohio, Saint Louis, Kansas City, Tia Juana y el asombro fué tan grande que la gente se metió en las casas para darle cabida en las calles.

Carl Hank después de batir todos los récords de permanencia en la cola de un kanguro, había abandonado la prueba apremiado a mostrar su pasaporte ante las

autoridades mejicanas de «El Paso».

Doce carpetas para directores. Doce tinteros y doce lapiceros, para que los secretarios de los directores lucieran sus plumas-fuentes; y el humo del cigarro persiguiendo insistentemente a Mister Smithson, de un extremo al otro de la sala de audiencias.

Una campanada, colocada de antemano en el reloj, se unió a otras salidas con anterioridad y sumaron el momento esperado en antesalas por los accionistas para ser puntuales.

Todos presentes allí, no podía saberse quién lo estaba más. Mr. Smithson trató de averiguarlo. Cuando volvió a entrar en la sala de audiencias había aumentado la presencia, por inmovilidad del conjunto.

Después hablaron acaloradamente. El crédito de 12,000 libras esterlinas solicitado por la Gerencia General daba pábulo a una baja de medio punto en las acciones.

El grupo formado por Mike Brown, Semifield, Barney Good y O'Hart atrajo la curiosidad de Mr. Smithson:

Mike Brown. La actuación de Tilden en los torneos de tennis no puede tacharse de profesional.

Barney Good. ¿No escribía artículos Dempsey? ¿Y no era Dempsey profesional?

Mike Brown. Qué importa lo que escriba, si no juega tennis por dinero.

Semifield. ¿No escribe por dinero?

Mike Brown. ¡Será por ello un escritor profesional, pero no un tennisman profesional!

Cuando los secretarios pudieron guardar las plumas-fuentes Mr. Smithson se restregó las manos y los porteros galoneados, que empezaban a hacer la limpieza, comprendieron que el crédito de doce mil libras estaba acordado.

Lo interesante ahora era conseguir localidades en el «Club de los Cazadores de Kanguros», para seguir punto por punto las informaciones telegráficas de la gran prueba. La limpieza se hizo casi sin necesidad de que los porteros se dieran cuenta de ello.

Primeras noticias.—Se supone que Carl Hank no responderá a las esperanzas en él cifradas por sus partidarios. El cazador de Nueva Gales del Sur es la posible sorpresa.

Manuel Ordóñez, de Puerto Rico, imposibilitado por un persistente calambre, abandona la prueba.

Primeros cálculos.—Carl Hank 23 kanguros; Isaías Bond 14; Stevenson (no se sabe si John o Mike) 11. Se cree que otro competidor, posiblemente el francés Lacroix, ha superado el record de Hank.

Nuevos cálculos.—Carl Hank 180 kanguros; Mike Stevenson 59; René Lacroix 58; John Stevenson 47; Giacomo Bondini 40; Isaías Bond 28; Jorge Dellepiane 8.

Rectificación: Carl Hank 186.

Urgente recomendado.

Triunfó Hank.

Al día siguiente se reunió de nuevo la asamblea de accionistas. Mike Brown y Barney Good no

se preocupaban ya por el profesionalismo de Tilden. Interesaba ahora el por qué del voto de 12,000 libras esterlinas que fué a parar a manos de Carl Hank en premio a haber matado mil trescientos veinte y cinco kanguros (de ambos sexos).

Todos los accionistas, miembros del directorio y empleados, estaban sumamente excitados. La bolsa había abierto con una nueva baja de medio punto y aquello tenía miras de seguir!

El único sospechoso de permanecer tranquilo era Mr. Smithson. Sentado en su butaca en el puesto de presidente, daba benévolas dentelladas a su habano, sonriente ante la insistencia de la ceniza por quedár en su lugar (en el lugar de la ceniza).

Cuando se hubieron calmado algo invitó a los miembros del directorio a ocupar sus asientos, y los accionistas prestaron atención.

Se puso en pié, sacó con lentitud estudiada el habano de la boca y mientras golpeaba con el meñique para voltear la ceniza, habló:

—Señores miembros del Directorio de la Compañía Agrícola de Sidney, señores accionistas: la Presidencia, en uso de las facultades acordadas por la carta orgánica de la sociedad, solicitó y obtuvo, sin declaración de destino, el crédito de doce mil libras esterlinas votado ayer por los señores miembros del directorio.

Inversiones iguales hechas por

la Presidencia no ha sido necesario aclararlas, en atención a la buena marcha de la sociedad. Pero la circunstancia de una repentina baja en el mercado de valores, que perjudica visiblemente el crédito e intereses de esta sociedad, requiere una declaración para ser hecha pública.

Mike Brown. ¡Usted lo ha dicho!

Godfrey Thompson. Esperamos esa declaración.

Mr. Smithson. Es precisamente lo que voy a hacer.

Isaac Goldberg. Eso es; no interrumpan.

Y continuó Mr. Smithson:

El crédito de 12,000 libras esterlinas, para premio del cazador que en un concurso matara mayor número de kanguros era necesario. Los señores accionistas saben positivamente que un veinte por ciento de las cosechas de maíz se pierde anualmente, debido a los ciclones. El viento, en esas oportunidades, deja caer sobre campos vírgenes, verdaderas lluvias de cereal. Pero el maíz no reproduce en los campos vírgenes porque la superficie de éstos es muy dura.

Sin embargo, este año ¡doscientas mil hectáreas de campos vírgenes aparecen cubiertas de plantas de maíz!

Godfrey Thompson. ¿Qué?

Isaac Goldberg. ¿Cómo es posible?

Varios. ¡Oh!

Mister Smithson. (Con tono fatal). Así es exactamente. Doscientas mil hectáreas están siendo co-

sechadas por propietarios que no invirtieron un solo centavo y que venden ahora el producto al cincuenta por ciento de plaza. He ahí la clave de la baja de nuestras acciones!

Isaac Goldberg. ¡La ruina!

Otros. Eso es ¡la ruina!

Mr. Smithson. (Sin hacer caso de esas exclamaciones). La Presidencia, con el celo común a todos los actos relacionados con la marcha de la sociedad, ordenó una rápida investigación, de la cual se desprendió el siguiente informe presentado por los peritos.

(Y a continuación dió lectura al informe, hasta ese momento guardado celosamente en la carpeta).

INFORMES

1.º Es evidente que los campos vírgenes en una extensión de doscientas hectáreas están sembrados con maíz.

2.º Que las semillas proceden de ciclones que han desvastado las zonas de cultivo.

3.º Que este solo hecho no basta para producir la germinación de las semillas, las cuales necesitaban de ser enterradas algunos centímetros bajo nivel.

4.º Que así ocurrió efectivamente debido a una circunstancia fortuita.

5.º Que un kanguro boxeador, escapado de un circo había adquirido la costumbre de hundir la cola en el suelo, para tener un mayor apoyo durante la lucha, y esta costumbre fué transmitida a los demás kanguros de los campos vírgenes, y

6.º Que por tanto, el maíz, cayendo dentro de pozos hechos por la cola de los kanguros, pudo brotar este año.

Mr. Smithson dejó el informe sobre la mesa, intentó una bocanada de humo de su cigarro, que se había apagado, y rehusando el fósforo ofrecido por su secretario, dijo con tono satisfecho:

Comprenderán los señores accionistas que sólo había dos caminos a seguir: comprar campos vírgenes y poblarlos de kanguros o exterminar a los kanguros. Un camino hemos seguido, y en próximas cosechas no habrá quien cause pozos para que crezca el maíz.

Godfrey Thompson.—Muy bien ¡Estupendo!

Todos.—Muy bien! ¡Estupendo!

Buenos Aires, 1930.

Poetas de vanguardia de Chile

Pasada la conmoción que operó en la Poesía de América y España aquel que «nació bajo el nicaragüense sol de encendidos oros», los poetas respondiendo a esta vida de hoy hecha en la vorágine y en el tumulto humano que se adentra en el espíritu como un muelle en el estrépito del mar han visto que la época cayendo en sus corazones como un alud de estrellas, necesitaba una nueva voz y un latido diferente.

Pese a los críticos de este país y del extranjero que llevados por una obscura consigna tratan de negar la poesía de nuestra tierra, hoy Chile posee los valores líricos más significativos del idioma.

En estas palabras florecidas alrededor de la obra sincera y rica de los poetas de la vanguardia, sólo trataré de recordar el rostro y el alma de algunos campañeros que en este país austral humedecen sus ojos mirando la Cruz del Sur mientras la noche pasa como un recuerdo en una tardía fragancia de violetas.

Yo no quiero ni debo colocar en este título de «poeta de vanguardia» a algunos que honran a Chile, pero que ya no pertenecen a este galope sideral de la mano del tiempo. Por eso me ceñiré solamente a evocar la labor de aquellos que en realidad han pasado ese desfiladero que separa la poesía de ayer de esta de hoy imperiosa, exaltada, dueña de panoramas imprevistos.

A pesar de que los barcos pretéritos pretenden sonreir de los valores que irrumpen en nuestra literatura, repitiendo la frase de siempre de que «no existe nada nuevo bajo el sol», si algún día llegaran a sentir esa comunión original que da la nueva poesía en la imagen, en la percepción del adjetivo, en el color de las cosas contempladas en una fantasmagoría de nuevos astros, entonces presintiendo desconocidas vibraciones vislumbraría un credo estético insospechado. Es preciso poseer una fuerte energía para despedirse del pasado y quemar como Cortés las naves y zarpar hacia los planetas que antes el ojo no alcanzó a descubrir, y entonces el poeta se encontrará frente a los horizontes vírgenes, como en éxtasis, en una hora de arroabamiento en que le será preciso bautizar de nuevo a las cosas.

Vicente Huidobro, a quien nombraré primero que a nadie entre los poetas de vanguardia de mi patria, antes de partir a Europa en 1916, ya había buceado en el mar desconocido del futuro. Lejos ya del modo poético de los líricos de entonces, buscaba su camino, hasta que en 1917 apareció «Horizon Carré», obra en cuyo prefacio decía Huidobro las palabras iniciales de su doctrina estética: «Crear un

poema tomando de la vida sus motivos y transformándolos para darles una vida nueva e independiente.

Nada de anecdótico. La emoción debe nacer de la sola virtud creatriz.

Hacer un poema como la naturaleza hace un árbol.

No podemos olvidar el asombro que produjo «Horizon Carré» entre nuestros intelectuales que aún consideraban el colmo del atrevimiento las poesías de Rubén Darío. Hubo comentarios desconcertantes, aplausos tímidos y dió ocasión para que nuestros críticos hicieran gala de inoportunos chistes en los que estaba ausente la espiritualidad.

A la sombra de la Torre Eiffel que ha cantado con tanto ardor, Huidobro ha convivido durante más de 13 años con los más notables poetas de vanguardia de Francia, como Guillaume, Apollinaire, Blaise, Coudrars, Paul Eduard, Paul Dermée y otros que son guías en el fragante país galo.

Huidobro ha publicado más tarde «Poemas Articos», «Ecuatorial», «Hallali», «Tour Eiffel», «Saisons Choisies» «Automne Regulier», «Tour a Coup», «Manifestes», «Vientos Contrarios» y hace poco «Mio Cid Campeador».

«Horizon Carré» es una de las más bellas y emocionadas obras de Huidobro y aunque el lector se desorienta al iniciar su lectura por la falta de puntuación y la misma disposición de los versos, pronto logra que una corriente firme y verdadera de alta poesía lo envuelva en su música prolongada.

El creacionismo al penetrar en España en 1917, tuvo tal resonancia entre la juventud poética de la Península que según Rafael Canssins Assens el paso de Huidobro por Madrid fué el acontecimiento artístico más trascendental del año 1918». Y esto es tan cierto que los líricos de vanguardia hispanos sufrieron la poderosa influencia del autor de «Horizon Carré» pueden informarlo las revistas de la época.

La característica de la poesía de Huidobro, como él lo ha manifestado, es «crear» está encaminada a un arte puro, susbtraído hasta donde sea posible de la copia de la naturaleza, huyendo de las descripciones que han alejado el verso de su cristalino origen, bifurcándolo en divagaciones pueriles que sólo traducen momentos fríos y fotográficos».

Oigamos a Huidobro en «Nueva Canción»:

Detrás del horizonte

ALGUIEN CANTABA

Su voz
No es conocida

DE A DONDE VIENE

Entre las ramas
No se ve a nadie
La luna misma era una oreja

No se escucha ningún ruido
Sin embargo una estrella desclavada
Ha caído en el estanque

EL HORIZONTE SE HA CERRADO

Y no hay salida»

El poeta nos ha dicho que desea tomar motivos de la vida y transformarlos para darles una existencia nueva e independiente. En la «Nueva Canción» consigue darnos sensaciones atadas en el poema como en un collar de luz. Y esta belleza que crea Huidobro tiene una fragancia de paisaje recién descubierto.

Para realizar un prolíjo estudio de la poesía del autor de «Horizonte Carré» sería preciso un espacio de tiempo de que hoy no dispongo; sin embargo para que vosotros palpéis el espíritu de este gran artista chileno cuya obra es ya universalmente conocida, leeré una de sus producciones más puras aparecida en «Poemas Articos», libro publicado en Madrid en 1918. Se titula «Horizonte»:

Pasar el horizonte envejecido
Y mirar en el fondo de los sueños
La estrella que palpita.
Eras tan hermosa
que no pudiste hablar,
Yo me alejé
Pero llevo en la mano
Aquel cielo nativo
Con un sol gastado.
Esta tarde
en un café
he bebido
Un licor tembloroso
Como un pescado rojo
Y otra vez en el vaso escondido
Ese sueño filial.
Eras tan hermosa
que no pudiste hablar,
En tu pecho algo agonizaba.

Eran verdes tus ojos pero yo me alejaba.
Eras tan hermosa que aprendí a cantar».

La personalidad de Huidobro en una incansable labor de más de 13 años, o sea desde la aparición de «Horizon Carré» ha logrado que en Europa se le considere como a un temperamento excepcional. Y así hemos visto poesías suyas traducidas al inglés, al italiano, al ruso, al alemán y al rumano, como una corroboración de que la obra del poeta de Chile ha adquirido ese prestigio universal que sólo consiguen los grandes artistas en la ancianidad.

Manuel Rojas. Hé aquí a un poeta que de súbito apareció en aquel inolvidable grupo de «Los Diez». Su verso puro de cristal y de paz anunció a un poeta que después sería además uno de nuestros mejores prosistas.

La labor de Rojas como poeta no es fecunda, pero en ella fulgura el sentimiento de hoy. Agil, brioso, el lírico sorprende el matiz actual y sus imágenes firmes cogen el panorama en todo su dinamismo. En su «Tonada del Transeúnte» hay poemas que colocan a Rojas entre los poetas de la vanguardia chilena.

Escuchad:

Marcho hacia adentro por las calles
el corazón ligero oh álamo de otoño,
el viento mueve las hojas amarillas
con mis pasos que van de la vida a la muerte,
perspectivas azules sobre los hombros de los rascacielos armoniosos
donde caen las naranjas calientes de la tarde,
la muchedumbre festonea de negro y rosa las aceras paralelas
y en su orilla oscila mi sombra fugitiva y constante,
gira un momento en el espacio el canto de ojos húmedos
el canto hinchado por la savia de mis raíces musicales
y asciende por encima de las azoteas grises
en zumbido que subes anillado con el vaho ardiente de los cuerpos
atravesados por gritos agudos y jadeos profundos de automóviles;
las calles marchan conmigo en sentido contrario
mientras mis ojos palpan el rostro familiar de las casas,
se va la tarde de pies rosados y camino sobre sus mariposas
muertas.

Sombra trémula animada por el ansia del canto
siguiendo el ritmo sencillo e inexplicable de la estrella»

El poeta recibe en su cuerpo la sensación del mundo y ella le

enciende las venas en dulzura. Siempre el canto es varonil y alto, penetrado de deseos y de color. Canto unánime, erguido, fresco.

«Despierto tendido sobre la cubierta del día que zarpa entre los gritos esbeltos de las sirenas de las fábricas. Esta es la mañana con sus canastos de frutas y sus carretones panaderos. Golpeé sus lisas tablas con mis piés que aún persisten; semidesnudo canto, en el aire la cabeza mojada. Abiertos los brazos te siento, corazón, viejo amigo a quien todos los días se estrecha la mano con ternura; estás ahí dispuesto a partir hacia donde sea llevando un rostro de mujer en tu latido exacto. Tú dormirás aún con el rostro vuelto hacia mi recuerdo y tu sonrisa distante sostiene mi remo en la mañana. ¡Eh, marinero! Estamos listos otra vez, suelta las amarras».

Hace 18 años, cuando aparecieron los primeros versos de este Pablo de Rohka exaltado y febril, los poetas jóvenes saludaron con afecto su interesante personalidad, en la que había música y sentimiento. Después el lírico que hablara del amor en estrofas retóricas y armoniosas como lanzándose en un grito hacia la vida, volvió desde su soledad con un mar de cantos trémulos. Más tarde publicó «Los Gemidos», obra que nuestra crítica, casi en su totalidad, trató de ridiculizar con esa vehemencia fácil e innata en los compatriotas de mofarse de lo humano y de lo divino.

Pablo de Rohka daba al elemento chistoso un campo propicio, pues si había en «Los Gemidos» poemas de gran vuelo y de hondas facultades poéticas, el autor por ese desprecio que ha sentido siempre por todas las opiniones, publicó en esa obra numerosos poemas que iban en desmedro de su personalidad. Pero en verdad no hubo justicia para «Los Gemidos». Todo lo bello que asordaba como una abeja en el medio día en esos cantos de piedra y de angustia fué olvidado y sólo hubo para el poeta conceptos hirientes y frases de conminación.

No se podría negar que Pablo de Rohka es un escritor de vanguardia. Vibra, horada con su lamento, construye imágenes nuevas. Camina hacia las más desconcertantes estrellas.

Oilo: en su poema U. que es una especie de confesión íntima:

«Yo agarro la suerte y la muerte,
así por la palabra, por la maquinaria ruidosa de la palabra la hago
canciones sin tiempo,

y voy arando de inmortalidad el día grandioso.

Mí carne es guitarra. mi sangre es tonada y mis huesos son cantos parados.
Percibo el devenir mundial, sólo como imagen,
siento, pienso y expreso en imágenes irremediables
la lógica matemática de los fenómenos,

de los fenómenos, de los fenómenos
y mi condición estética dinámica crea el universo
a la manera formidable de los espejos despedazados.

Hombres y máquinas y hombres
viven y mueren en mis poemas acumulados
la forma tremenda del sueño,

Soy gesto, soy violencia, soy mundo elocuente;
ademas, no tengo sentido conceptual,
o ando disperso y móvil por adentro de la belleza acuartelada
lo mismo que el pensamiento en las arterias,
y también como Dios, sí, como Dios en el alarido del hombre sublime
con la mirada espectacular del análisis
Palomas de cemento,
se me caen del traje las epopeyas.

No conozco, digo,
no defino, nombro,
agrando la naturaleza;
expreso;
detrás, allá detrás de mi corazón, aúlla la nebulosa».

Rebelde, inquieto el poeta hiere con sus gritos todos los cielos
y en un incontenible afán de buscarse sangre hasta en su propia sombra.

En este Pablo de Rohka, arbitrario, triste, que lanza su corazón
sobre todas las llagas, debemos esperar la hora máxima del triunfo.

(Continuará)

Julio Barrenechea

En el N.^o 2 de esta revista anunciábamos la inminente aparición de los poemas de Julio Barrenechea. Ahora no sabemos qué hacer: si seguir anunciándolos, si ensayar un comentario, o si guardar silencio. El libro está en los momentos en que escribimos, por terminar de imprimirse, pero cuando los ojos del lector vayan andando por este puente de palabras, ¿dónde estará el Mitín de las Mariposas? ¿En las prensas? ¿En las vitrinas? ¿En las calles?

Es por esta situación de incertidumbre y porque estamos seguros de que la crítica en su día hablará de esta obra con extensión y con elogio, y también con oficial autoridad,—de modo que cualquier palabra nuestra parecería ahora extemporánea y luego un tanto supérflua y sin objeto,—es por esto, decimos, que en lugar del libro—el que vamos más bien a saborear,—lo que trataremos de situar o definir por el momento es nada menos que el propio autor, el mismo Julio.

Julio, el indecible Julio, incomparable alumno de Derecho, elegante transeúnte del centro de Santiago, improvisador de sobremesas y asambleas, presidente de un Centro universitario, cabeza de una bullidora agitación cuyos deslindes aún no se precisan, y por encima de todo—no por añadidura ni en sus «ratos de ocio»—poeta, poeta del más moderno y personal estilo!

Julio Barrenechea, hombre exterior, hombre actitud. No por falta de médula de vida interior, de subjetividad. Nó. Nada de eso. Precisamente es su alma, sin piel, supersensible, la que reacciona al contacto del mundo; el resorte que le hace adoptar como a un Chaplín o un muñeco su gesto y su máscara increíbles.

Alto, delgado, decadente, con esa cara de calavera viva, con ese innato afán por la pose y las tenidas impecables, nadie como él para vestir y pasear ante las moscas de la curiosidad el sobretodo de una magnífica y distraída disfuncionaria.

Actor, tenor, orador por espíritu dentro del más estricto gusto nuevo, dotado de una voz entonada y flexible, de una mimética desconcertante y espontánea, de un ingenio fluido, fértil, fácil, Barrenechea tan pronto intenta una romanza o representa un papel de galán joven, como declama un poema, ajeno o propio, o improvisa un discurso en que las ideas y las imágenes inesperadas y macizas ruedan sobre las mesas como dados, para luego recibir el deshojamiento de las palmas enloquecidas o asombradas con la sonrisa más inmóvil y la más perfecta reverencia.

Julio Barrenechea. Por dentro la noche más irónica. Por fuera el más claro de los días. En el fondo lo atroz, la cosa negra, lo que sólo podría libertarse con la muerte. En la superficie, la flor, la espuma, la estática sonrisa, el sepulcro blanco. Nuevo, imprevisto, casi artificial. Su alma y su poema no son modernos ni son originales porque pretendan serlo. Nó. Lo son. Simple, necesariamente: lo son. Sin porque. Verso y persona en él sugieren la impresión de lo frágil, de lo efímero. Quien lo conoce lo sueña o lo imagina muerto. Produce la angustia de las cosas leves e irreemplazables que pueden romperse fácilmente. Y el mismo lo sabe, lo siente y, a veces, lo pregunta. Yo en esas veces lo he visto llegar con una cara más honda que otros días y lo he oído decir: «Oye, tú crees posible, en este tiempo, en esta época, ser poeta, vivir en poeta?» Y

no es ingenuidad, ni infantilismo. Nô. Tragedia. Nada más, nada menos. Tragedia.

Barrenechea conoce en el futuro los difíciles días, el dilema inflexible: o ser poeta y no vivir, o vivir y no ser poeta, lo que también es no vivir. Y en el presentimiento de su límite, como todas las especies fugitivas, como las propias mariposas de su Mitín, Julio vive estos días juveniles, los últimos que la vida le concede sin condición, sin compromiso, con el regocijo más frenético, con el júbilo más desesperado, y ríe, salta, grita el «jarza!» entusiasta, baila la danza de «Ortega y Gasset», los tonys modernistas, o canta la ronda de la Copa Vacía, con su terrible mueca de cadáver movido por una eléctrica alegría.

A.

S.



De Geo Struch

L U . I S A

Esperaría la noche, próxima a la estación de las frutas;
noche de lago metálico y sin velamen.

Tan solo mi corazón y tan triste,
fatiga de asalto repetido.

Precipitado recuerdo en marcha atrás, pueril cinematógrafo,
mi infancia con sus días de bandera en el pórtico;
así en cadena familiar, inválida armadura.

Qué bello tu nombre,
seguro arcabuz tendido de súbito.

Ah! tus orejas diminutas como pequeñas aletas;
tu boca de sangre;
tus ojos, buzos negros;
tu frente de arco encinta,
y tu rostro, blanca corola de lirios.

Agua desmedida de un vaso,
avasalladora incontinencia, tensa cuerda;
tu recuerdo apura feliz retirada sin batallas.
Mi corazón dilatándose como un metal blando;
vasta llanura sin límites, árida pista.

LUISA MIA: Abeja ciudadana,
élitro zumbador, persistente abanico,
onda líquida disociada en pequeños círculos.

Hermosa eres? tu cuerpo de anélido y tus mejillas
rosadas como las frutas vendimiadas después de tiempo.

Acápitres del libro: El tren de los días muertos

A

Seguramente llegará tarde el día financiero en que me sea dado poblar una habitación desmantelada.

Cae la lluvia fina y el frío se cuela a darme una compañía molesta. Empalaga y tiene terquedad de querella amorosa. Luego me visita el lejano recuerdo de un remoto pueblucho, y mi infancia gris llega.

La escuela rural y primitiva en las aguas gelatinosas de provincias. Marchó descalzo y con una alegría de tortolita. Los ciegos se hacen una ronda de malas canciones. Yo, los pies ambarrados de pobreza.

Sin embargo, había días de hartura luminosa: caían las frutas maduras, columpiándose en el airebello.

Las tarde de esos días regresaba, por las callejas solas, con unas sartas de plata enredadas de pejerreyes.

El hogar y la noche monótona.

Los grillos y la luna cabrilleaban en los montes.

Pero no les he contado que viví mis días infantiles, hundido entre dos montañas.

Abajo, a una orilla de la montaña sur, se embelesa un río. Saltaban las hebras blancas de espumas, en verano; en invierno traían las aguas color de vino sucio, desagradable; y, además, tenía la obsesión de caudaloso.

En medio de esas montañas y en unas calles apelmazadas de greda me crié: Golillo y gorrión humilde de unos campos sin trigos.

Tampoco he dicho que la luna y los grillos iban a verme; aún creo que los pajarillos también: a pesar de no ser santo leproso, ni siquiera penitente ocasional.

Un día casi me muero sin contar las estrellas. Era tierno un lado de mi corazón entonces, aún sigue igual por el otro costado.

Pero la noche de los puertos es bruja y enseña a matar los reflejos de los cauces románticos.

Pronto tuve amigos maleados como buhos, y las langostas de los lenocinios me mostraron al borracho adolescente.

Creo que ahora soy un vagabundo sin itinerario.

Mejor navega la barca en la noche negra. El rocío de las mañanas es un vaho de humo y, no obstante, el hombre de treinta años se ha dormido a la vera de sus embarcaciones.

B

El incomparable abanico del puerto se abrió soberbio de luz y sorpresa.

Los cerros y sus palomeras humanas en equilibrio constante, se ahuecaron en mis pupilas asombradas.

El mar ennegrecido de alquitrán y hollín, brillaba escamoso lamiendo desganado los muelles y los malecones.

Era un día de Julio excepcional.

No soplaban ninguna brisa; y sobre el cielo unísono, cansado, se dormía el humo de las fábricas.

Ubicadas en los recintos de los desembarques había como grandes girafas: grúas y pescantes que tomaban en sus brazos de hierro cual un fósforo, fardos enormes: lacrados de riqueza.

Los barcos surtos todos botaban el humo débilmente. Estaban ataviados de colores diversos y chillones.

Las calles ruidosas llegaron a nuestro encuentro de atolondrados forasteros. Espejeaban brillantes y bañadas en el tono de oro ingratito del sol de invierno.

Los tranvías escapaban locos, furibundos, adornados con avisos comerciales.

Altos y bien puestos edificios circundaban el plan; y en lo alto reptaban las subidas sembradas de vericuetos.

Varios cajones mecánicos, descendían y ascendían lentamente, danzando en el aire y saludándose en la mitad de la vía.

Me sobrecojío el panorama errante.

Los ecos se perdían y rebocaban alegres en los cuencos de las quebradas.

Luces y sombras siempre.

Iba, adelante un caballejo anciano, trepando con nuestras pobres cobijas. La noche llegó pronto a pincharme mi errancia. Tuve a mi padre y a mi madre, viejecitos, abrazados a mis lágrimas.

Otra vez mi corazón.

Caminé los primeros meses igual a quien trepa de espaldas por un precipicio. Apretaba los dientes en las sombras y me tapaba los músculos con sueños horribles.

El hombre habita sus pasos, idéntico a un planeta su órbita. Tuve proyectos de grandeza que se estrellaron rotos como nubes al sol.

Rodé por los oficios sin endurecerme el rostro: las bolas de una mesa de billar me son amigas. Pero era ancha mi esperanza de desamparado y barbotó la mañana melancólica y espesa del Arte.

Los escenarios obreros donde el actor incipiente disuelve su desgracia me indicaron la cruz de la mala senda de la farándula.

Desde entonces el orador es hueco como acueducto sin oficio.

E.

R.

ESTEBAN ROBLE

Duro, como de piedra, y con no sé qué aspecto de muchacho, a pesar de su cara rayada por el trajín de treinta años andariegos, Esteban Roble arriba a todos los mesones, con estampa de amigo, distribuye sueltamente su juego, y espera el ajeno, sin interés, sin impaciencia.

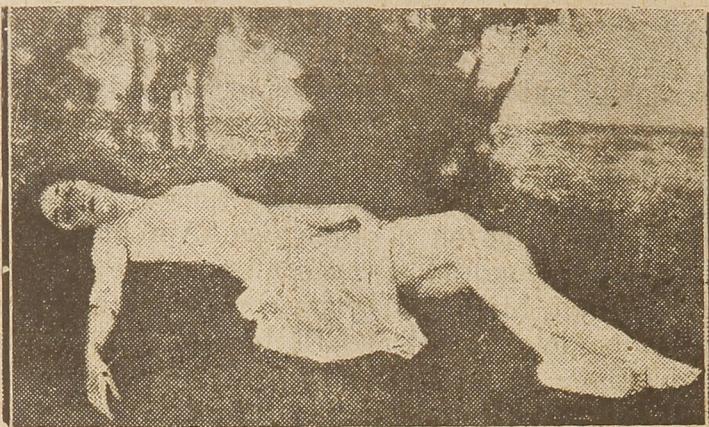
Ha vivido. En el itinerario de imprevistos de su arbitrario tren de días muertos, han bailado las horas y los puntos geográficos frente a los decorados de los horizontes levadizos. No le angustia el temor de perder un camino, de apartar un ambiente, porque después de haber partido tantas veces sin más llave que un «hacia» o un «desde» en el bolsillo, ha terminado por encaminarse a establecer el definitivo domicilio, bien en su alma—un tanto agrietada y sin mamparas—bien en ninguna parte, y entonces se tiende a la vera de su vida, debajo del sol y de los pájaros.

Claro que en todos estos viajes a la nada, el transeúnte lleva alto a la espalda el volantín de un canto ausente, pero a veces la canción abruma, como ese bacalao agobiador del pescador de la Emulsión Scott, y entonces el solitario caminante, por deshacerse de ella, la embala en un papel y la echa al equipaje de un barco que también es de papel . . .

A.

S.

Cantar de invierno



Peces de siete colores
cruzan la ola del viento.
Flor de cristal de la lluvia
crecida en tus ojos negros.

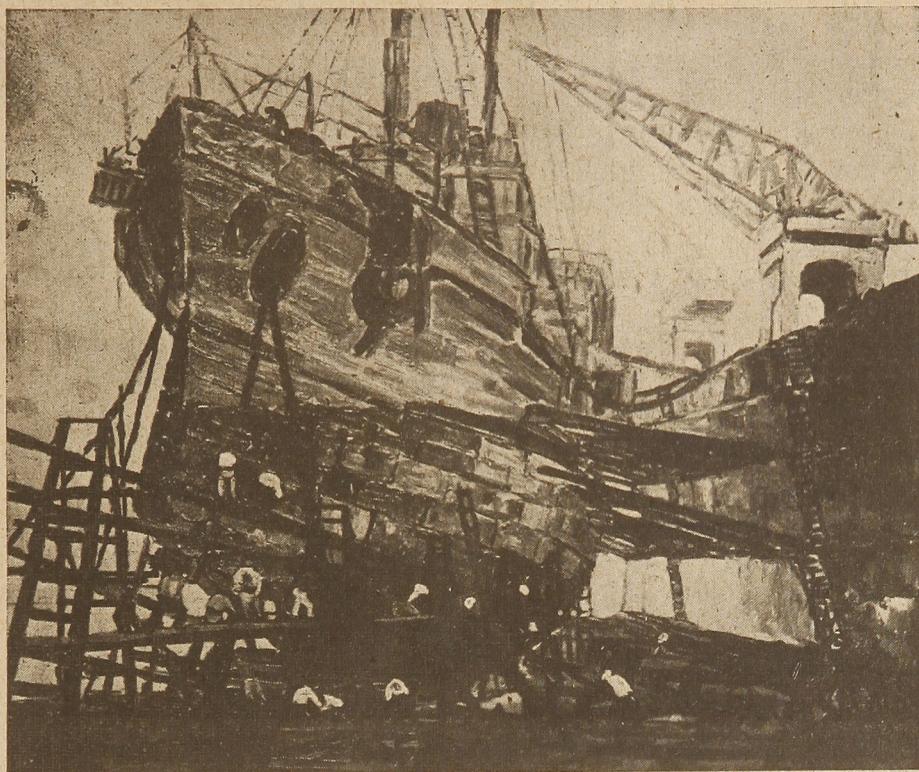
Niña que nada esperas,
de rodillas al invierno
como una espiga de plata
crecida en campo yermo,
yo por besar tus mejillas
en una tarde de invierno
ha mucho tiempo que vengo
montado en corcel de lágrimas
con aparejo de muerto...

Lluvias que vas cielo abajo
flecha del firmamento...

¿Por qué tu beso no cae
en la zona de mi lamento?
Pájaro que siempre emigra
a anidar con brisnas de cielo,
tiende tu vuelo a la orilla
de mi pecho de estrellas lleno,
asómate a ver la lluvia
que va por mi canto adentro,
llenando ríos de angustia
en cauce de ancho deseo.

Mira tu rostro triste
inclinado en el espejo
que ha cavado el llorar lento
de todos los inviernos,
donde se miran los vivos
y se ensombrecen los muertos,
donde tú eres una rosa
y yo soy un negro viento...

R A Ú L C U E V A S



CALAFATEANDO LANCHAS
Cuadro de Pacheco Altamirano

P A C H E C O A L T A M I R A N O

De improviso, Pacheco Altamirano, el joven pintor que el año pasado expuso en Santiago por primera vez, con éxito que señalamos en nuestro primer número, inauguró hace poco una segunda exposición en la Sala Rivas y Calvo, ofreciendo con sus telas una verdadera fiesta para críticos y entendidos. La prensa toda de la capital ya se ocupó de ella extensa y reiteradamente, celebrando y subrayando sin reservas este seguro y definitivo triunfo de Pacheco. Sólo nos cabe, pues, repetir nuestros cordiales parabienes.



E l R e g r e s o

— ¡Perro!

Mi perro se llamaba «Perro». Ina le había puesto este nombre ridículo desde pequeño para burlarse de él.

Como no se moviera lo llamé nuevamente:

— ¡Perro!...

Era casi imposible distinguirlo en la obscuridad, pero oí el gruñido con que me respondía siempre.

— Cada día estás más malhumorado. ¿Qué diablos se te ha metido en el cuerpo?

— Gruu...

— Ven.

Me quedé escuchando. Aunque sabía muy bien en qué punto se acostaba siempre, fatigué mis ojos tratando de hallarlo en cualquiera otra parte con el solo objeto de ponermel de mal humor.

Como ya era tarde, todo estaba oscuro. Por el pequeño ventanuco del techo entraba un poco de luz, igual que cuando uno hace: «uuu...» en una noche muy fría de invierno y sale la respiración cargada de vapor. A ratos, las tejas apretaban los dientes y se oía entonces un extraño crujido, como si diesen dos pasos con terribles zapatos nuevos.

También hacía mucho rato que el viento estaba calentándose el cuerpo en las rendijas, muy alegre. Recorría toda las vocales silbándolas largo tiempo.

— Iij... uuu...

— ¡Perro! ¡Si no vienes, iré a buscarte!—grité con rabia.

Mi perro se quedó callado y yo, indeciso. Es tan duro moverse cuando uno está triste. Pero finalmente resolví ir a su rincón. Dí unos cuantos pasos pisando sobre las vigas y con gran cuidado de no golpearme la cabeza en el techo. Llegué.

— ¡Por qué no has ido?... ¡Perro!—le grité con gran cólera.

Pero en seguida me arrepentí de haberlo tratado tan mal.

— Oye... Ven ¿quieres?—le dije cariñosamente.

Volví a mi rincón, me tendí en la cama y Perro se echó junto a mí. Luego me arreglé un poco para estar más cómodo.

— Ya estamos listos—pensé.

Con la mirada dí un paseo distraído por las tejas, tosí un poco y miré con vergüenza a mi perro, sin atreverme a comenzar.

Estaba todo bien oscuro. Apenas distinguía el cuerpo de Perro y mis manos flacas.

— Oye... —él paró una oreja con desgano—¿Dónde estará Ina?

— Ruu...

— Yo tampoco sé.

Con mi buen perro conversaba todos los días sobre lo mismo. Exactamente sobre lo mismo; Qué concepto se habrá formado de mí!

— Te diré, Perro... No hay día que no recuerde a Ina. ¿Dónde estará?... Yo tampoco sé. A veces

quisiera echarla al diablo, pero no puedo. Imagínate: no puedo. ¡Qué sabes tú de estas cosas!

Adiviné la mirada de reojo que debía lanzarme Perro en ese momento y nuevamente sentí una vergüenza insoportable. Hubiera deseado no hablar más, pero no podía dejar de hacerlo.

Me puse a pestañear rápidamente y miré a todos lados con inquietud; pero al cabo de un rato recobré mi serenidad.

Seguí hablando.

— Yo recuerdo muy bien cuando se fué. Era fin de invierno. Y ahora estamos comenzando otro. Fué, precisamente, uno de los últimos días del invierno pasado, muy parecido a éste, que es uno de los primeros. Siempre el fin se parece al principio y hasta hay ocasiones en que, sencillamente, no se parece.

Mi perro lanzó un profundo suspiro, pretendiendo hacerme creer que comprendía, cuando, en realidad, no era más que mi voz lastimera la que lo emocionaba.

Esto me animó mucho y me sentí muy contento de poder recordar estas tristes cosas, sin temor de que él se molestara o se burlase de mí.

El viento seguía calentándose el cuerpo tenazmente y las vigas del techo se encogían de frío, crujiendo con nerviosidad.

— Me acuerdo muy bien de todo. Después hablé con la vieja Tili. ¿Te acuerdas, Perro?

— Ina se ha ido—le dije.

— Sí, se ha ido—respondió la

vieja Tili, mirándome con sus ojos de oveja.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque Ud. me lo está diciendo.

— Bueno.

Y entonces nos vinimos a vivir aquí. Yo estoy muy bien aquí; no sé si tú... ¡Ni tampoco me importa saber si te encuentras bien en este entretecho! No, nó... Son bromas, Perro, son bromas. No te enojes. Da gusto bromear cuando hace frío, porque uno se ríe con más ganas ¿verdad?

Pero la verdad es que ninguno de nosotros se reía.

— Perro ¿dónde está Ina?—pregunté en voz muy baja.

— Ruu...

— Yo tampoco sé.

Hablábamos casi en secreto, porque el silencio era muy grande y no había para qué gastar esfuerzos innecesarios.

La cola de mi perro me tocó en una pierna. Quería decir: «habla más».

— Cuando salíamos los tres juntos... ¿Te acuerdas, Perro? Tú ibas siempre adelante, haciendo travesuras. ¿La quieres todavía? Yo no.

— Ruu...

— Pero no la puedo olvidar. ¡Quién sabe! La boca...

Era un silencio enorme. Daba pena estar en ese mundo tan callado. No se oía nada, casi nada. Apenas un rumor suavísimo en las orejas, como de un lejano motor eléctrico.

Y por eso empecé a hablar sin hablar.

— Liij... —hacía el viento suavemente.

Unas gruesas gotas de agua comenzaron a darle papiroles a las tejas. Hacía frío y todo estaba oscuro.

Una gran laxitud, como de fiebre, nos fué invadiendo poco a poco. Era una especie de vapor callado, flojo, con mirada de narcotizado.

El cerebro se me dió vuelta: gluc... Y luego dió otra vuelta, y otra más: gluc, gluc...

Y nos quedamos dormidos.

* * *

Al día siguiente, en la mañana, el cielo se sacó la espuma de jabón ordinario y quedó azul y hondo. Entonces los techos, el suelo, todas las cosas que había afuera comenzaron a fumar un humo blanco y casi inmóvil. Se desperezaron las tejas y las vigas, bostezando con crujidos largos y abúlicos, en medio del aire tibio como una lengua. Mi perro y yo nos estiramos también muchas veces.

Por el pequeño ventanuco del techo el sol metió una pata amarilla y allá se fué mi perro.

— Qué hermoso está el día, Perro—dije con desgano.

Tenía grandes deseos de hablar y, sin embargo, me mantuve en silencio durante mucho tiempo.

A medio día por la puertecita

del fondo, apareció la cabeza de la vieja Tili.

— ¿Comió ya?

— Sí.

La vieja estiró un brazo y cogió el tiesto de mi perro.

Me miró tímidamente con sus ojos de oveja. Era evidente que quería decirme algo y como yo había oido cierta voz allá abajo, comprendí lo que la vieja Tili deseaba comunicarme.

— Ahora... —comenzó.

— Sí, ya he comido, Tili—la interrumpí.

La vieja me miró con miedo, estiró nuevamente el brazo y cogió mis ollas vacías.

Iba a descender, pero se detuvo. Fijó largo rato en mí sus ojos de oveja.

— Ahí...

— Sí, Tili, ya he comido.

Entonces Tili pestañeó muchas veces con aire estúpido y descendió sin atreverse a mirarme fijamente.

Cuando desapareció mire a todas partes súbitamente. Mi perro dormitaba con indiferencia y las tejas, las vigas, todo estaba igual. Esto me pareció muy extraño, pues esperaba que todas las cosas estuviesen inquietas, presas de una gran nerviosidad.

Me tendí bruscamente en la cama.

Mi perro lanzó un suspiro y yo, para distraer mi inquietud, me puse a contar las gotas de agua que caían de tarde en tarde desde las

tejas a las pocitas del suelo, cantando como pájaros modestos:

— Pim... pam... ¿pam?

De repente, por la puertecita del entretecho, surgió una cabeza poco a poco.

— Es Ina, Ina... —me dije.

Mi perro no se movía. Me dí vuelta y quedé boca abajo. Estaba muy alegre y tenía, por lo tanto, unos grandes deseos de llorar.

Unos pasitos que vacilaban en cada viga se fueron acercando a mí. Perro gruñó imperceptiblemente.

Yo no quería mirar y trataba de hundir mis manos en el pecho.

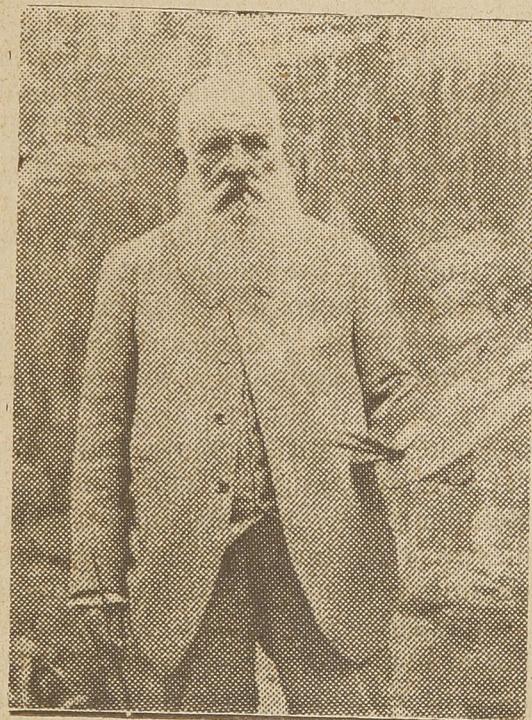
Por fin los pasitos inexpertos se detuvieron junto a mí.

Yo no decía nada, no veía nada, no me movía. Una enorme alegría muy triste me apretaba la garganta.

De pronto, en las tablas, al lado de mi cama, comenzaron a golpear unas gotitas de agua, como esas de allá afuera. Pero no eran de las tejas, no, no eran de las tejas...

D i e g o

M u ñ o z



Claudio Mouet

La Fiesta del Libro

Palabras a los estudiantes.

Hablar a la juventud—lo dijo un egregio maestro— es un género de oratoria sagrada.

Laten en ella, con las enseñanzas vivas del pasado, los gérmenes más puros y claros del porvenir.

¿Y cómo podría hablarse a los jóvenes sin que una palabra nuestra traicionara los intereses del espíritu?

En una forma única: diciendo la verdad y sólo la verdad. Quien no sea capaz de este heroísmo es indigno de dirigirse a la juventud de su patria.

Creo, amigos y compañeros, poseer esa fuerza interior que hace que las palabras que asoman a los labios estén impregnadas de la pasión íntima y profunda sin la cual toda predica es estéril y toda enseñanza baldía.

Por eso he aceptado sin vacilar y hasta con júbilo la invitación de mi profesor y amigo don Ignacio Herrera de hablar con ustedes brevemente de lo que ha sido el vicio y la volubilidad de mi existencia: el libro, el amor por la lectura, esa vida irreal y luminescente, sobrepuerta a la vida gris y cotidiana, que, como Descartes decía, nos hace comunicar en la soledad de nuestra biblioteca con los espíritus más excelsos de la humanidad, de todos los países y de todos los tiempos.

Glorioso milagro del espíritu humano. Mientras los adelantos mecánicos nos hacen triunfar sobre los elementos naturales e imponer nuestra voluntad señera a las cosas, el hombre, por la sola aspiración de su espíritu, puede tratar diálogo tácito con los maestros que ha tenido el mundo en su marcha dolorosa y trágica hacia la luz y la esperanza.

Platón, Cristo, Spinoza, Kant, Liebnitz, todos los grandes instructores, pueden ser nuestros amigos y redimirnos en la amargura y purificarnos en el desaliento y levantarnos en el fracaso nada más que por un acto de nuestra voluntad, por un imperativo nuestro de soledad y de silencio mientras afuera ruge el torbellino del mundo con sus pasiones menguadas y sus torvos apetitos materiales.

El dolor purifica al hombre como el fuego a los nobles metales. En los grandes dolores de mi vida, que ahora agradezco y bendigo, me he salvado siempre de rodar al abismo nada más que por un libro generoso. Eran un día los Evangelios. Era otro día el Quijote,